

y vasos. Además este emperador honró la memoria de su esposa ampliando la institución alimenticia de niños á favor de muchas niñas, que fueron llamadas *faustinianas*.

El carácter general del gobierno de Antonino era el de la fuerza y el reposo tranquilos, efecto de la seguridad. Como su predecesor, veló por tener al ejército siempre en buen estado, lo cual bastó para conservar al imperio su actitud imponente sin necesidad de aventurarse en guerras costosas. Por eso muchos compararon su reinado con el de Numa, el rey sabio y mítico de la paz de los romanos. Por supuesto que no faltaron conflictos, porque un imperio de fronteras tan dilatadas y con tantos y tan díscolos vecinos, no podía menos de verse precisado á rechazar ataques audaces; pero en tales casos Antonino hizo sentir todo el peso de su energía y de su fuerza á los pueblos que se atrevieron á turbar la paz de Roma. Hacia el año 139 hubo, en efecto, que rechazar á las tribus mauritanas de las fronteras de la provincia romana de este nombre, y á las tribus celtas en las montañas del país de Gales y en el Norte de Inglaterra, donde los brigantes y otros pueblos mas septentrionales vol-



Antonino Pio. Moneda de oro con la inscripcion: IMP. T(itus) AEL(ius) CAES. ANTONINVS

vieron al parecer á moverse. Las campañas á que dieron lugar, entre los años 140 y 145, fueron las mas serias é importantes del reinado del emperador Antonino. Las armas romanas quedaron vencedoras, y el emperador juzgó conveniente llevar la frontera del imperio mas al Norte hasta la línea que va de Edimburgo á Glasgow, que en su tiempo habia ocupado ya Agrícola, y que mide entre sus puntos extremos, desde Carriden en la bahía de Forth al Norte de Edimburgo hasta Westkylpatrick en la desembocadura del Clyde, cuarenta millas romanas, ó sean 54¹/₂ kilómetros. Esta línea fué pues fortificada mas al sur por el mismo estilo que la de Adriano; con su foso, sus terraplenes con núcleo de mampostería, á quince ó veinte piés de distancia del foso, sus torres, castillos y grandes ciudadelas ó campamentos fortificados, unidos entre sí por una calzada. Mas adelante fué construida otra plaza fuerte avanzada cerca de Ardoch al norte de Stirling, donde se halló la lápida mortuoria de un soldado de la cohorte I de España, que estuvo allí de guarnicion á fines del siglo II. Esta es la única inscripcion latina que se ha encontrado á esta latitud elevada. El que comenzó en el año 142 esta obra defensiva y probablemente la acabó tambien, fué Quinto Lolio Urbico, gobernador general de Inglaterra, que venció á las tribus celtas despues de haberse acreditado ya como gobernador general de Africa y de la Baja Germania, y como militar en la guerra contra los judíos en el reinado de Adriano.

Tambien tuvo Antonino que escarmentar á otras tribus turbulentas desde las fronteras de la Dacia hasta la Armenia, especialmente á los escitas ó eslavos del Tauro, que molestaban á los griegos de Olbiopolis en la embocadura del Dnieper. Al mismo tiempo sofocó algunos desórdenes interiores puramente locales; pero á esto se limitó la parte guerrera de su reinado. Pudo, pues, dedicarse con toda su fuerza y energía á la administracion y fomento de la riqueza del vasto imperio, porque hasta con los reyes de Partia, que vieron con mal contenida ira la Armenia sometida al dominio

de Roma, mantuvo hasta el fin de su reinado relaciones llevaderas.

Los autores antiguos alaban unánimemente el carácter y gobierno de Antonino, que era, en el sentido mas elevado de la palabra, un monarca noble y digno de ser amado. No tenia nada de la dureza ni los demás defectos que hacian tan difícil y peligroso el contacto de Adriano en los últimos años de su vida. Era Antonino uno de aquellos contadísimos varones que hasta en el colmo del poder saben dominarse y rendirse á la razon y á la justicia. Para él lo primero era el interés del Estado; su benevolencia jamás llegó á ser debilidad, siempre se armonizaba con la justicia, la razon, el bien del imperio y de los pueblos, sin menguar por eso la energía prudente y previsora del imperante. Así fué el ídolo del Senado y del pueblo. Pensando con razon que los viajes, aun hechos como los de su predecesor con las mejores intenciones para el bien de las provincias, no dejaban de ser una considerable carga para estas, creyó mas prudente permanecer en el centro del país y suplir desde la capital su presencia personal en otras partes del imperio con una vigilancia redoblada. Observó, pues, atentamente la conducta de todos los agentes del gobierno en cualquiera parte donde estuviesen, y como amante de la justicia veló para que prevaleciese en todas partes. Severo con los prevaricadores y los que en general se mostraban indignos de la confianza que habia depositado en ellos y del cargo que desempeñaban, tuvo la suerte de encontrar con mirada certera los hombres mas á propósito para los diversos cargos, y el buen tacto de dejar en sus puestos á los que cumplian bien, como dejó por ejemplo á Gavio Máximo, que fué desde el año 140 hasta el 159 general de la guardia pretoriana. A estas cualidades unia Antonino el raro talento de escuchar, á pesar de su grande experiencia, saber y penetracion, opiniones contrarias á la suya y aceptarlas si las consideraba mejores.

Para la próspera marcha del imperio era como hemos



Faustina, mujer de Antonino Pio. Moneda de oro con la inscripcion: DIVA FAVSTINA

dicho de la mayor importancia una buena organizacion de la hacienda, y en este punto es donde sus contemporáneos y los autores posteriores hacen mayores alabanzas del emperador Antonino. Su administracion fué tan económica y bien calculada, que pudo dejar á su sucesor un tesoro de 2,700 millones de sesteracios, ó sean 734.133,400 pesetas, y eso sin tiranizar al contribuyente. Cuidaba tanto como Adriano de que sus encargados en provincias, los procuradores ó gobernadores civiles, no se extralimitasen en daño del contribuyente ni del tesoro, cosa muy comun y fácil atendidas las atribuciones latas que tenian.

La prolongada paz y la abundancia de recursos, así como la bien entendida economía de Antonino, le permitieron sostener el aparato indispensable á su posicion, y ser al mismo tiempo el bienhechor verdadero del imperio cuya suerte el destino le habia confiado. Verdad es que no siguió el ejemplo de Adriano levantando edificios inmensos y de puro lujo, pero llevó á cabo obras útiles comenzadas y no acabadas por sus predecesores, y restauró y completó otras, como el faro de la isla de Faro, cerca de Alejandria, y los puertos italianos de Puteoli, Terracina y Gaeta. Para socor-

rer las ciudades y comarcas castigadas por calamidades públicas, de las que nunca faltaron en un imperio tan dilatado, gastó tambien sumas adecuadas y á menudo enormes. Una crecida del Tíber causó muchos desastres, grandes incendios afligieron á Roma, Cartago, Narbona y Antioquia; un terremoto espantoso castigó por el año 155 los territorios griegos bañados por el mar Egeo, destruyó á Sicione en la Morea, y en el Asia Menor causó grandes catástrofes en la Licia, en la Caria, en la riquísima isla de Rodas y en la de Coos. A todas partes envió Antonino tan abundantes socorros que solo la pequeña ciudad de Estratónice, en la Caria, recibió un millon de sesteracios (cerca de 272,000 pesetas). Rodas sobre todo fué espléndidamente socorrida.

Por lo demás, Antonino no faltó á la práctica introducida por los emperadores de contentar al pueblo de la capital con repartos abundantes de trigo y con funciones del circo, á las cuales añadió, en el año 147, funciones y regalos extraordinarios por ser, segun se creia, el año 900 de la fundacion de Roma.

Tampoco descuidó la instruccion pública, puesta por Vespasiano, en Roma, bajo la proteccion inmediata del Estado, y mas adelante veremos que Antonino extendió esta proteccion á otras grandes ciudades del imperio, en especial á Atenas.

La índole bondadosa de este emperador le hizo tratar á los cristianos con la misma tolerancia que Adriano, y hasta volvió á permitir á los tan odiados judíos la práctica de la circuncision; pero no levantó la prohibicion de volver á Palestina.

A pesar de todo, este nobilísimo varon, el mas virtuoso y elevado de cuantos ciñeron la diadema imperial, no se vió libre de conspiraciones fraguadas contra su vida por ambiciosos miserables, aunque no lograron su objeto. Fuera de esto, pudo contar con el afecto entusiasta de todos los romanos, por la energía con que siguió la política de Adriano sin tener ninguno de sus defectos ni vicios, y por su política tranquila, serena, concienzuda y armónica, su índole llana y su rectitud y constancia inquebrantables. Con razon consideraron los romanos entonces y en adelante el reinado de Antonino Pio como la época de oro del imperio. El cuadro cariñosísimo que su digno sucesor nos ha dejado escrito de Antonino, no es mas que el reflejo verdadero de la opinion general, y el emperador Gordiano escribió en su juventud, mas de medio siglo despues, una poesía épica en la cual cantó la vida y los hechos de este emperador (1). La memoria de Antonino fué tan cara é imperecedera para los romanos como la de Augusto, y muchos emperadores que le siguieron, además de los pertenecientes á su familia, se adornaron con su nombre, que tan popular se habia hecho.

Murió despues de una corta enfermedad el 7 de marzo de 161 en su quinta de Lorio, y sucedióle sin dificultad Marco Aurelio, que se apresuró á nombrar co-emperador á Lucio Vero, su hermano adoptivo, al cual casó con su hija Lucila.

CAPITULO III

EL MUNDO ANTIGUO EN EL SEGUNDO SIGLO DE NUESTRA ERA

Nuestra narracion nos ha conducido á la época de oro del imperio romano. Antes de entrar en la exposicion del período descendente, nos toca presentar un cuadro de las condiciones de vida y estado general del imperio y de la ci-

(1) *Antoninias*, en 30 libros, en cuya obra, que se ha perdido, cantó el joven Gordiano, que descendía de los Gracos, la vida y los hechos de ambos Antoninos.

vilizacion greco-romana, á cuya sombra habia crecido y con la cual habia de recorrer su período de decadencia.

El imperio romano llegó á su mayor extension con la incorporacion del territorio al Norte del muro de Adriano hasta el nuevo límite mas septentrional fortificado por orden del emperador Antonino Pio. Solo posteriormente, en las guerras con los partos y los persas modernos, conquistó el imperio nuevamente gran parte de la Mesopotamia, y la conservó con singular tenacidad; pero entonces habia ya retrocedido en muchos puntos en el Norte de Europa.

En la época á que hemos llegado sostenia el poder del colosal imperio un ejército que bastaba perfectamente para su defensa, si bien no tardaron en presentarse otra vez los antiguos defectos de las fuerzas estacionadas en la Siria. El ejército regular hasta el reinado de Septimio Severo se componia de 30 divisiones ó legiones. Las modificaciones que recibió se redujeron, dentro de este cuadro general, á la extincion de varias legiones, á la fusion de otras y á la sustitucion de las que desaparecian así del cuadro por otras nuevas. Despues de Adriano, para no remontarnos mas,



Faustina la Joven, mujer de Marco Aurelio. Moneda de oro con la inscripcion: FAVSTINAE AVG(ustae) PII AVG(usti) FIL(iae)

quizá en tiempo de Marco Aurelio desaparecieron las legiones IX ó Hispana y XXI ó Rapax, que fueron luego sustituidas por la II y III Itálica. En tiempo de Marco Aurelio y hasta Septimio Severo, que modificó la distribucion, estuvieron repartidas las 30 legiones de la manera siguiente: En Inglaterra habia tres, la II ó Augusta, la VI ó Victrix y la XX ó Valeria Victrix. Con la paz que reinaba en el país rhiniano y la reduccion de la línea fronteriza, obtenida á consecuencia del nuevo límite fortificado que iba del Rhin al Danubio, bastaban para la defensa de las dos provincias de Germania Alta y Baja, 50,000 hombres, cuyo núcleo formaban las cuatro legiones: I Minerva, XXX Ulpia, VIII Augusta y XXII Primigenia. En cambio, y sobre todo durante la empeñada lucha que Marco Aurelio hubo de sostener en las fronteras al otro lado del Danubio Medio y Bajo, se necesitaron en aquellas provincias desde la Retia hasta el mar Negro fuerzas muy numerosas, y se destacaron á la Retia y Nórica la II y III Itálica. La Panonia estaba guarnecida por cuatro legiones: la I y II Adjutrix y la X y XIV. Defendian la Mesia y la Dacia las seis legiones siguientes: la IV ó Flavia, VII Claudia, I Itálica, V Macedónica, XI Claudia y XIII Gémina. La guerra que estalló con los partos, apenas hubo muerto Antonino Pio, hizo necesaria allí la concentracion de muchas fuerzas, y así encontramos en la Capadocia dos legiones, la XII Fulminata y la XV Apolinaris; una en la Fenicia, la III Gálica; en Siria dos, la IV Escítica y la XVI Flavia; en la Judea otras dos, la VI ó Ferrata y la X ó Fretensis; y en la Arabia la legion III ó Cirenáica. Quedaban tres legiones, á las cuales estaba confiada la defensa de todo el Mediodía del imperio, inclusa la península ibérica. Una legion, la II Trajana, guardaba el Egipto; la III ó Augusta el Norte de Africa, y la VII Gémina la España.

Tan formidable y aguerrido era este ejército, que bastó para defender eficazmente el territorio romano hasta durante la terrible guerra que hubo de hacer Marco Aurelio contra los marcomanos, en que solo pasajeramente el enemigo pudo

romper el cordón de hierro que cerraba las fronteras. Sin embargo, pudo notarse ya un cambio en la constitución de las legiones, en las cuales, tanto en la clase de tropa como en la oficialidad, iba en constante aumento el elemento provinciano más moderno, y Marco Aurelio observó con sorpresa que hasta en la clase de jefes había pocos que poseyeran el griego. Era grande, sin embargo, la eficacia del ejército organizado por Augusto y reorganizado por Adriano, y bajo su influjo se iban romanizando y civilizando las provincias agregadas en el Norte y Oeste al imperio desde César, formando nuevos miembros de la familia latina que poco a poco llegaron a sustituir a pueblos del interior en su misión histórica, cada uno según su índole especial y el grado de romanización a que llegó. La romanización, en efecto, tuvo un carácter distinto en cada país, así en Inglaterra como



Templo de Antonino y Faustina en Roma

solo exteriormente en Inglaterra, sobre todo en la parte meridional y llana, por efecto de la prolongada paz y de la prosperidad material que disfrutó el país desde la construcción del muro de Antonino hasta principios del siglo III. En el Mediodía, donde el clima es más suave, florecieron la agricultura y el comercio. Allí se han encontrado restos de muchas quintas romanas con sus baños calientes, grandes salas y pórticos con suelos de mosaico, como no se han visto ni más grandes ni en mayor número en la cuenca del Rin, ni en Francia ni en España. Las termas dedicadas a la diosa Sulis (Minerva) en Bath y Clifton, cuyas aguas medicinales eran conocidas de antiguo, y los manantiales termales de Cheltenham y Matlock, descubiertos en tiempo del dominio romano, estaban muy concurridos; y muchos objetos de arte que se han encontrado muestran la cultura y gusto artístico que en aquel país se habían generalizado. El Mediodía y Este de Inglaterra se cubrieron de ciudades; los hijos de las familias principales del país hablaban latín, y deseosos de adquirir la civilización superior romana, pasaban en gran número a estudiar a la Galia, donde florecían muchas escuelas. Las tribus célticas montaraces del país de Gales y del Norte de la isla continuaron entre tanto en su barbarie primitiva, refractarias a toda civilización. Con la cultura e instrucción se aumentaron naturalmente los recursos materiales del país romanizado. En él se producía el trigo en gran abundancia

en la Galia, en España, en Africa, en el Alto Rin, en la Tierra del Diezmo, en los países alpinos, en la Dalmacia, en la Panonia, en la Mesia, en la Dacia y en Africa; y es inútil decir que con la civilización y la cultura italianas se introdujeron sus vicios en los países conquistados, sobre todo las fiestas sangrientas de los anfiteatros. Por lo demás, algunos de estos países se romanizaron por completo; otros adquirieron solo un barniz tan superficial de la cultura romana, que desapareció enteramente en las grandes conmociones que desde mediados del siglo III comprometieron la existencia del imperio, mientras otras provincias, como la Mesia y la Dacia hasta la invasión de los pueblos eslavos, y la Galia y la España hasta el siglo V, quedaron como baluartes opuestos a la destrucción de la civilización romana.

Esta civilización se arraigó con sorprendente rapidez y no

y exportaba con ganados y esclavos al continente; había alfarerías, y se explotaban metódica y enérgicamente las minas de estaño, de cobre y de plata en la comarca de Devon, las de hierro en los condados actuales de Gloucester y de Sussex, las de plomo en los de York y Derby y en Salop, y las de carbón en los condados de Gales y de Stafford, así como en Durham, y hasta las ostras de la costa oriental eran artículo de un comercio activo. Londres y Verulamio eran plazas mercantiles florecientes, y desde York se explotaban los cantones limítrofes del Norte. Otras comarcas como las de Cornwall, de Devon y aun partes de Sussex y de Kent quedaron cubiertas de impenetrables selvas, pero en cambio hanse encontrado recientemente, en 1880, hasta en la pintoresca isla de Wight ruinas de una grandiosa y vasta quinta romana con mosaicos notables.

Otro aspecto ofrecía el conjunto de vastos territorios designado con el nombre de Galia por los romanos. Allí, después de las grandes sacudidas provocadas por las sublevaciones de Vindex y de Claudio Civilis, no habían encontrado ya resistencia la dominación ni la civilización romanas. Solo en la Armórica, en el extremo Noroeste, se conservó el elemento celta en su pureza, y aun en Bélgica había muchas comarcas que no adquirieron más que un tenue barniz de cultura romana. Hasta el Loira y aun hasta el Sena estaba todo el país más o menos romanizado, mientras la antigua

provincia Narbonense lo estaba tan completamente como la misma cuenca del Po. No lo estaban mucho menos la Auvernia y todo el Sudoeste de la Galia, yendo gradualmente disminuyendo la romanización a medida que se avanzaba hacia el Norte. Gran número de galo-romanos, ya descendientes de familias italianas, ya celtas y aquitanos puros, ocupaban puestos en el ejército regular y en la administración civil; pero siempre se conocía en algo el provincialismo galo, y no solamente en el pueblo bajo, que se transforma con más dificultad y lentitud, sino también en los individuos de las clases más elevadas e instruidas, como por ejemplo en aquel audaz militar Antonio Primo que conocimos como partidario de Vespasiano, y en Rufino, el temido ministro omnipotente de Arcadio, primer emperador de Oriente. Los observadores en aquella época distinguían muy bien al través de la educación latina los rasgos característicos buenos y malos del genio celta, como la agudeza de ingenio, la tendencia a aventuras

audaces y temerarias, la elegancia y destreza, la vanidad y liviandad, la fanfarronería y la travesura. Si la antigua Narbonense podía pasar por completamente romanizada, otro tanto sucedía a Lyon por su contacto con aquella, con Marsella y con la Italia septentrional. En tiempo de Vespasiano y Tito, Lyon se había levantado rápidamente, y en el reinado de Marco Aurelio había llegado a ser la ciudad más populosa, pues contaba quizás 250,000 habitantes, y la más opulenta de la Galia Oriental, conforme se infiere de las muchas inscripciones y restos de monumentos que en gran parte se han encontrado donde todavía hoy se concentra el mayor movimiento de la ciudad. La industria y el comercio prosperaban en ella, y varias inscripciones se refieren a las «muy ilustres» corporaciones o gremios de los navegantes del Ródano, del Saona y del Loira, cuyos presidentes eran personas que ocupaban los primeros puestos en el municipio. Estos gremios tenían sus fiestas y solemnidades especiales. Entre las indus-



Templo corintio (Maison carrée) de Nîmes

trias descollaban la fabricación de vidrio, de papel y de paño. El comercio de vinos estaba muy desarrollado, a pesar de hacer apenas un siglo que el cultivo de la vid había subido por el valle del Ródano. Después, desde la época del emperador Probo, se extendió por las cuencas del Garona, del Loira, del Sena y del Mosela.

Más adelante tendremos ocasión de hablar de algunas otras ciudades galo-romanas principales que llegaron a florecer verdaderamente solo cuando el imperio iba en notoria decadencia, como Tréveris, París y Arlés. En todo el siglo II han de buscarse los grandes centros de civilización romana de la Galia en el Mediodía, y especialmente en la provincia Narbonense. La tenaz rival de Lyon, la ciudad de Vienne ó Viena del Delfinado, que como aquella gozaba del precioso *fuero itálico*, se había rehecho de las terribles desgracias del tiempo de Vitelio; pero era todavía un centro importante de grandes y principales familias celtas y en especial alóbroges, si bien completamente romanizadas. Una prueba de que a pesar de la romanización se mantenía allí vivo el carácter independiente de la raza celta, es que la población no quiso admitir las abominables luchas de gladiadores, si bien tenía un magnífico circo, para lo cual hubo de acudir, presidida por Trebonio Rufo, a Trajano, pues había abolido de su propia autoridad estas funciones, y obtuvo del emperador un fallo favorable.

Todas estas ciudades, relativamente modernas, no oscure-

cian en manera alguna a la antiquísima y venerable Marsella, hija de Grecia. Su comercio iba en constante aumento, y no menos su industria, en la cual ocupaban importante puesto la construcción de buques y la fabricación de armas, sin contar que esta colonia jónica, que conservaba todavía en el siglo III su hermoso idioma griego, era la metrópoli de las letras y ciencias de toda la Galia, a donde acudían ávidos de instrucción griega gran número de jóvenes romanos y nobles celtas. Las materias que principalmente se enseñaban eran la filosofía, la retórica y la medicina, por manera que Marsella proveía de médicos, profesores y maestros superiores y elementales a todas las comarcas de la Galia a medida que el país se iba civilizando. También era Marsella el centro de las bellas artes, y satisfacía ampliamente con los productos de sus artistas los gustos de los habitantes de la Galia a medida que la cultura romana despertaba y desarrollaba en ellos el sentimiento de lo bello.

Hacia la competencia en el comercio y en la industria, principalmente en paños, púrpura y hierro, Narbona, que era más moderna y completamente romana, y cuyo puerto no estaba entonces cegado todavía por los aluviones del río Aude. Innumerables inscripciones y fragmentos de esculturas y obras arquitectónicas, aprovechados en tiempo de Francisco I para las murallas de la Narbona moderna, son el testimonio elocuente de la importancia y extensión de esta ciudad en el tiempo de que hablamos, y nos enteran, como

también las inscripciones de Aix (Aquæ Sextiæ), donde son escasos los demás restos de la época romana, de la existencia en aquel tiempo de corporaciones gremiales de comercio muy importantes, como la de navegantes marítimos y la de los fluviales del Durance.

Los restos más notables de la época imperial anterior a la decadencia son los que posee la ciudad de Nimes, que por su extensión y número de habitantes galo-romanos, romanos y griegos, era la segunda ciudad de la provincia antigua Narbonense. Hoy falta mucho para que Nimes tenga la extensión que abarcaban sus murallas antiguas, pero los soberbios monumentos, testimonio de su grandeza pasada, se han conservado en parte. Nimes, antiguo centro de la tribu celta de los *Volcas Arecomicos*, situada en una comarca féracísima entre el Ródano y las Cevenas, fué muy protegida ya por Augusto y el gran Agripa, y después por Adriano y Marco Aurelio. Adriano levantó allí una suntuosa basílica en honor de su difunta esposa Plotina. Bastante bien conservado está el imponente circo romano, calculado para cerca 18,000 asientos, con un diámetro máximo de 133 metros. Quedan también parte de dos puertas de la ciudad, de la época romana antigua; un templo de Diana con bóveda romana semicircular y decoración arquitectónica griega, y restos de un acueducto que atraviesa el río Gard, formando tres arcos sobrepuestos. Pero la joya más preciosa entre las antigüedades romanas de Nimes es un templo corintio, llamado *Casa cuadrada* (1), que se levanta sobre un basamento de 3'33 metros de altura y está sobre un terraplen de 1'10 metros. Este riquísimo monumento de arquitectura romana estaba situado en el extremo meridional del antiguo foro.

Entre las otras grandes ciudades de la Galia Meridional merecen todavía citarse Tolosa y Burdigala (Burdeos). La primera, comprendida en la provincia Narbonense y patria de Antonio Primo, habíase romanizado completamente; sus habitantes eran admiradores entusiastas de la civilización greco-romana y de sus creaciones plásticas, y les gustaba llamar a Tolosa la ciudad de Palas.

La elocuencia forense clásica era cultivada allí con afición y buen éxito, siendo uno de sus representantes más célebres en tiempo de Neron, L. Estacio Ursulo, hijo de la misma población. Burdeos pertenecía a la Aquitania, como situada cerca de la desembocadura del Garona en el Atlántico. Era ya en aquella época una importantísima plaza de comercio marítimo, fluvial y terrestre, desde donde las mercancías de los puertos del Océano destinadas al Mediodía de la Galia y a los puertos del Mediterráneo, subían por el río Garona hasta cerca de Tolosa y eran llevadas desde allí en carros a la costa y demás puntos de consumo en el interior, los cuales por el mismo camino enviaban al mar sus productos. Burdeos era también el puerto para los buques que hacían el tráfico entre la Galia Meridional y los puertos de Inglaterra. La población se componía en el fondo de familias indígenas principales y opulentas, de romanos y de gran número de comerciantes griegos. Los monumentos más notables pertenecen a los últimos siglos del imperio, época en que la ciudad llegó a su mayor prosperidad. El cultivo de la vid, que existía ya allí en tiempo de Plinio el Mayor, no adquirió gran desarrollo hasta el último tercio del siglo III. La vida material era refinada; se apreciaban mucho los manjares delicados y también las ostras; los ricos tenían quintas amenas, y sus lujosas gondolas cruzaban entre multitud de buques dando gran animación al río. Al lado de esta prosperidad no tardó en desarrollarse también una notable actividad literaria, que alcanzó su mayor brillo, según veremos más adelante, en los

(1) Construido en tiempo de Adriano.

últimos tiempos del imperio, cuando los bárbaros sembraban ya el terror en las provincias fronterizas.

Entre las ciudades de raza céltica que en la Galia romana dieron muestras de mayor cultura y civilización, podemos citar también las de los arvernos y de los eduos. Los primeros estaban tan adelantados en tiempo de Neron, que no se contentaron como los del Mediodía con llevar de Marsella bronce y toda clase de objetos metálicos, esculturas de mármol y mosaicos, sino que encargaron a Zenodoro la fundición de una estatua colosal. La capital de los eduos, Augustoduno, hoy Autun, cuyo perímetro se tardaba en recorrer hora y media, estaba rodeada de una muralla reforzada con doscientas veinte torres, y de ella existían todavía dos puertas de tres arcos. Esta ciudad tenía escuelas superiores, a las cuales iba a buscar la instrucción greco-romana la juventud más distinguida del centro y norte de la Galia, hacía donde progresó con mucha lentitud la civilización, excepto en la cuenca del Rhin.

En la Helvecia solo consiguió tomar pie la civilización en el radio de las plazas romanas. En cambio se había romanizado completamente la cuenca del Ródano desde la construcción de la gran calzada por el monte de San Bernardo, bien que ya lo estaban desde muy antiguo la ciudad y la comarca de Ginebra, que formaban parte de la provincia Narbonense antigua. Nyon (en alemán Neuss, y Noviodunum en tiempo de los romanos), Raurica, Avenches (estas dos con sendos circos para 17,000 espectadores) y Vindonisa (hoy Windisch) eran plazas romanas principales en Suiza, desde donde la lengua y las costumbres latinas irradiaron por medio del numeroso elemento militar a las comarcas inmediatas, aunque con éxito diverso. En el actual país de Vaud hasta Avenches y Soleura, se han encontrado bastantes inscripciones latinas, proporcionadas en número a la población, mientras son muy escasas, lo mismo que los restos arquitectónicos romanos, al Norte de Soleura, en los cantones de Basilea, Argovia, Zurich y Turgovia. Hay que advertir también que en las inscripciones encontradas en estos cantones figuran los nombres celtas bajo forma muy imperfectamente romanizada, prueba evidente de que el latín no había conseguido allí vencer a la lengua celta de los indígenas, quizás porque las guarniciones romanas fueron trasladadas de allí a la nueva frontera, llevada al interior hasta Regensburg y unida con aquellas poblaciones por una nueva vía militar. Esto no obstante, se transformó, como en todos los países celtas, la vida de las tribus, convirtiéndose de exclusivamente rural en urbana y aglomerándose en centros, como había sucedido en la Galia. Uno de los primeros centros fué el de Baden ó Aquæ cerca de Zurich, conocido ya por sus fuentes termales en tiempo de Tácito. El emperador Claudio concedió fueros municipales y derecho latino a los pequeños centros de la cuenca del Ródano, y es de suponer que cuando Adriano otorgó la ciudadanía romana completa a todas las ciudades de la Galia que tenían ya el fuero latino, no exceptuaria de este favor a las ciudades del alto Ródano. Sin embargo, los pueblos de las comarcas dominadas por los centros con honores de colonias romanas, como Raurica y Avenches, estaban gobernados por los consejos municipales de estas colonias.

El comercio de la Helvecia con los países vecinos era muy extenso. Aunque había varias grandes carreteras que atravesaban por diferentes puntos los Alpes, era muy concurrida la del monte de San Bernardo, que partiendo del Alto Rhin pasaba por Vindonisa, Soleura y Vevey, por donde eran transportados a Italia muchos productos de la Helvecia y de la Galia, principalmente esclavos, jamones del país de los marsos y menapios, quesos suizos, que eran muy apete-

dos en Roma, cera, miel, madera de pino, resina y pez, pieles, pescado del Rhin y hasta paños de Bélgica. De Italia se enviaban a Helvecia ostras, vino, aceite, objetos de arte, vestidos de lujo, artículos de alfarería y otros que encontraban buena salida en las ciudades y colonias romanas al Norte de los Alpes, donde había bastante opulencia para dar ocupación constante hasta a aurífices de Levante establecidos en ellas, y que mantenían escuelas y maestros asalariados por el común de vecinos.

Un carácter muy diferente presentaba la romanización en España. En los pueblos íberos y celtíberos, conocedores ya desde tiempo antiguo de la civilización fenicia y cartaginesa, y en muchas comarcas marítimas de la griega, el ingerto de la civilización romana produjo una variedad robustísima del romanismo clásico, que dió origen a genios brillantes que en nada cedían a los mejores romanos legítimos y que se distinguieron en el trono de los césares, en el ejército, en las ciencias y en la tribuna mucho más que los genios procedentes de la civilización galo-romana. También fué la península ibérica un baluarte principal y uno de los últimos del romano imperio, porque estuvo por más tiempo libre de la invasión germánica que las demás provincias y el centro del imperio. Por lo demás en España como en la Galia y en otras provincias se efectuó la romanización gradualmente desde los puntos más cercanos a la Italia hasta los más distantes, y cuanto más distantes más lentamente. Sin embargo, en tiempo de Augusto la Andalucía hasta los turdetanos, toda la costa meridional y oriental y el norte con los pueblos celtíberos estaban tan completamente romanizados como podía estarlo la provincia Narbonense antigua. Gran parte tuvieron los españoles, como ya hemos tenido ocasión de indicar en diferentes pasajes, en el desarrollo literario de los romanos; por manera que al fin quedó la península ibérica, muchísimo más que la Galia, siendo otro país romano. En tiempo de Neron dominaba la lengua latina en las ciudades, y la del país, reducida a los distritos rurales, hubo de ceder también allí, hasta que quedó extinguida. En el Este y Mediodía floreció ya desde Augusto el culto del genio de Roma y de los emperadores, en cuyo honor se erigieron magníficos templos, y el ser nombrado sacerdote del templo dedicado al divino Augusto en Tarragona era la honra más grande que el consejo provincial podía conceder a sus varones más ilustres. La vida urbana y el régimen municipal en España en nada cedían a la de las ciudades italianas y narbonesas, excepto entonces en el Noroeste de la península. Tarragona, Córdoba y Mérida con sus templos dedicados al culto de emperadores, con sus sacrificios y fiestas religiosas, sus circos y funciones públicas, sus monumentos, su lujo refinado, su vida activa, intelectual y artística, ejercían una atracción é influencia irresistibles sobre las poblaciones menores. Muchas y excelentes calzadas con magníficos puentes y canales cruzaban el país, fomentando la agricultura, la minería, la especulación y el comercio interior y exterior, que exportaba principalmente lana, trigo, metales, pescado, y la famosa salsa de pescado, el garo, tan apreciado en las mesas romanas. Cádiz era el emporio principal del comercio con el exterior; venían después Cartagena, Málaga y otras ciudades. La navegación era activa en los ríos Betis y Ana. Excelentes escuelas difundían la instrucción elemental, y para la superior, por supuesto greco-latina, estaban muy acreditados los establecimientos de Córdoba, Bilbilis (Calatayud) y Tarragona. Otro romanismo se formó en Africa, donde la población indígena se componía de elementos libios, fenicios, nómadas, mauritanos y descendientes de inmigrantes y colonos romanos. Las tribus del interior, si bien continuaron independientes hasta el tiempo de Belisario, no se habían librado ente-

ramente de la influencia romana; pero la población sedentaria de las ciudades con todo el vasto territorio africano sometido a Roma había admitido fácilmente la lengua y las costumbres latinas, produciendo un romanismo en el cual se combinaban el genio montaraz y el ardor taciturno del africano con la viveza y actividad constante y las pasiones materiales del romano de aquella época. La parte oriental de Cartago estaba completamente romanizada y por aquel lado se extendían los establecimientos latinos hasta Gadames y Cherma en el Fezzan. En el país que hoy es la Argelia llegaban las colonias romanas al sur de la fortaleza Lambesa (Constantina) hasta los oasis de El Cantara y de Brisca, y la gran etapa de El-Utaya, donde había un circo. El Oeste, la Mauritania, estaba ocupada solo militarmente, y por esto son comparativamente escasas allí las inscripciones romanas, apareciendo también mal romanizados los nombres propios, lo cual permite suponer que debían de estar en uso junto al latín el púnico y las lenguas antiguas del país.

En las ciudades había oradores, abogados y hasta poetas latinos notables entre los hijos del país, pero posteriormente llegó también para los africanos romanizados una época en que produjeron obras notables latinas en la literatura pagana y cristiana. En el siglo II predominaban demasiado todavía los intereses materiales; el fisco y los grandes propietarios se cuidaban, más que de literatura y artes, de bonificar sus vastos territorios y producir y vender trigo, aceite, vino, frutos meridionales, ganados y otros artículos buscados, tanto que el Africa llegó a ser muy pronto un granero principal del imperio. Los especuladores de toda clase se echaron sobre el país y penetraron hasta en las soledades del desierto para dedicarse a la industria productiva de cazar fieras y venderlas para las abominables funciones de los circos. Otros compraban en el interior esclavos, marfil, aromas, maderas preciosas, como la del cedro odorífero, para vender estos productos en Europa y principalmente en Roma. Otros se dedicaban a la recolección de la preciosa concha marítima que daba el color de púrpura, tan buscado por los tintoreros antiguos.

En fin, los habitantes de Cartago más que los de ninguna otra provincia eran aficionados a los espectáculos excitantes del circo, y tocante a las ceremonias religiosas imperaban las romanas, y en primera línea el culto de los emperadores y del genio de Roma. Los cultos antiguos del país habían desaparecido y en parte se habían mezclado con el romano.

Un carácter muy distinto presentaba la romanización del lado de la Germania en la cuenca del Rhin, y otro en los países del Danubio en el curso medio y bajo de este río.

Hasta el reinado del emperador Caracalla no fueron ya peligrosos para Roma los pueblos de la Germania inmediatos al Rhin y al Alto Danubio. Del lado del Bajo Rhin el imperio había renunciado a su política de conquistas, y en la nueva frontera que atravesaba el Sudoeste de la Alemania actual se mantuvieron quietas las tribus vecinas, gracias a la hábil política de Roma y al comercio fronterizo, provechoso para todos. La prolongada paz facilitó las relaciones amistosas, de las cuales los romanos cuidaron que no abusaran sus vecinos permitiéndoles la entrada solo en determinadas plazas y bajo las condiciones y precauciones necesarias. Los que tenían designada por ejemplo la plaza de Colonia como punto de comercio, solo podían entrar y permanecer en ella de sol a sol, y debían dejar sus armas fuera de la ciudad, siendo además desde su entrada hasta su salida acompañados de uno ó más soldados romanos como agentes de seguridad. Solo los hermanduros, que tenían designada la plaza de Augsburgo para sus compras y ventas, podían entrar y salir libremente. Así pudieron llegar a puntos del interior de